

# TEMPLARIOS

## *La orden que quiso dominar el mundo*

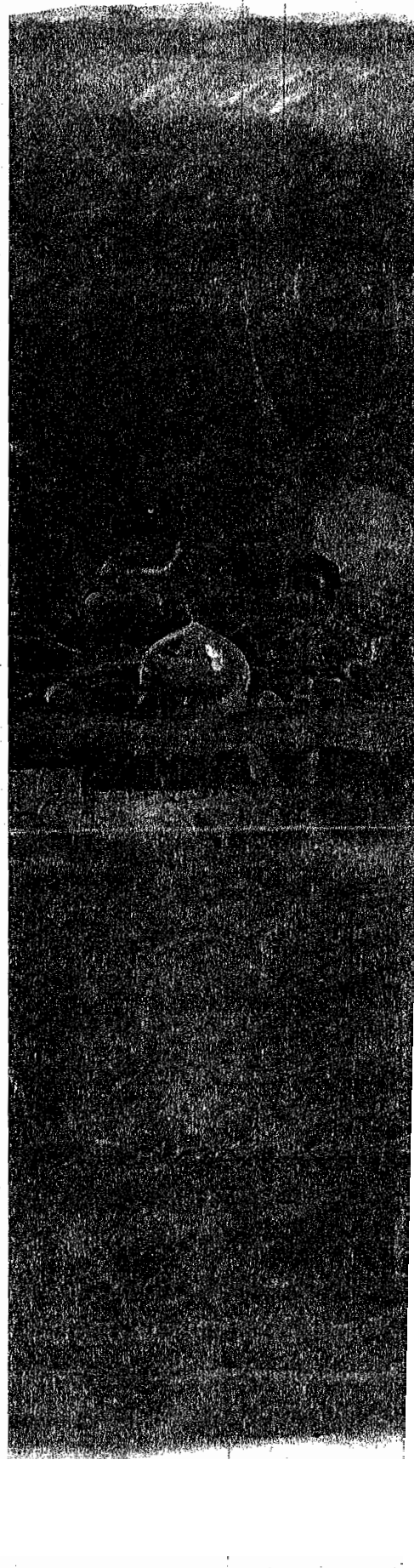
**Se organizaron exclusivamente para consagrar su vida a Jesucristo, pero con el paso de los años se convirtieron en un indiscutible poder económico y político de la cristiandad. Seis siglos después de su desaparición, los historiadores no han podido descifrar los enigmas que envuelven a la orden de los Templarios, esos monjes guerreros que la leyenda ha pintado como los poseedores de un saber especial.**

**D**IECINUEVE de marzo de 1314. Estamos en el Sena, frente a Notre Dame, en la pequeña Isla de los Judíos, situada entre los jardines del Rey y la iglesia de los hermanos eremitanos de San Agustín. El gran maestre Jacques de Molay y el maestre de Normandía, Godofredo de Charnay, junto a decenas de caballeros de la Orden del Temple, acaban de ser quemados en la hoguera. Algunas de las personas más próximas al lugar de la ejecución afirman haber oído cómo De Molay, a punto de ser consumido por las llamas, lanzaba una doble maldición contra el rey Felipe el Hermoso y contra el papa Clemente V, los principales causantes de las ruinas y desdichas de la orden. En efecto, ambos mueren pronto. El Pontífice, el 20 de abril, a los cincuenta y cuatro años, y el rey, el 29 de diciembre siguiente, a los cuarenta y seis. ¿Tenía el gran maestre algún poder oculto que le permitiera ejecutar esta maldición?

Resulta casi imposible deslindar la historia de la leyenda cuando se habla de los templarios. Pero, ¿quienes fueron realmente estos *Templarii milites, fratres templi, pauperes commilitones Christi templique salomonici*? ¿Por qué aún, casi siete siglos después de su caída, siguen fascinándonos hasta el extremo de resucitar en innumerables

éxitos editoriales, de los cuales un buen ejemplo podría ser *El péndulo de Foucault*, de Umberto Eco?

Es preciso retroceder en la historia hasta principios del siglo XI, cuando los ejércitos de la cristiandad han conquistado ya Tierra Santa. Miles de peregrinos acuden desde todo el orbe para visitar los Santos Lugares, pero a menudo son fácil presa de los ladrones que esperan pacientemente el paso de las caravanas para saquearlas. Un hombre llamado Hugo Payens, noble emparentado con los condes de la Champagne, se presenta ante Balduino I, rey de Jerusalén y hermano menor de aquel Godofredo de Bouillon, que conquistara Jerusalén diecinueve años atrás. Su intención declarada es la de «velar por la seguridad de los caminos, cuidando especialmente la protección de los peregrinos». Y no está solo en aquel empeño. Otros ocho caballeros le acompañan. Ellos son Godofredo de Saint-Omer, Archembaud de Saint-Aignan, Godofredo Roval, Payens de Mont Didier, Godofredo Bisol, Andrés de Montbard, Jacobo de Vitry y Gonremar. Ante el patriarca de Jerusalén, en 1118, hacen votos de pobreza, castidad y obediencia, consagrándose al servicio de Jesucristo y a la vigilancia de aquellos peligrosos caminos. Gracias a la gestión del rey Balduino II, los nuevos caballeros se insta-





**Ficción y realidad. La historia de los templarios ha fascinado a autores de todos los tiempos. Incluso, hoy en día, recrea innumerables éxitos editoriales como es el caso de la famosa novela de Umberto Eco, El péndulo de Foucault.**

lan en el conjunto arquitectónico de El-Aqhsa, levantado hacia finales del siglo VII por el califa Abb-el-Malik sobre la explanada del Templo de Salomón, de donde toman su nombre.

A pesar de su callada labor, la orden comienza a ser conocida en toda Europa. En 1127, los nueve caballeros regresan a Europa con cartas de presentación de Balduino II. Hugo de Payens entra en contacto con San Bernardo, abad de Clairvaux y prestigiosa voz de la cristiandad. En su opúsculo *De laude novae militiae*, publicado en 1130, Bernardo se deshace en alabanzas públicas hacia los templarios y convoca un concilio que se ha de celebrar en la catedral de Troyes el 14 de enero de 1128, y en el cual se espera vencer la reticencia de ciertos representantes de la cristiandad y, especialmente, la perplejidad del papa Honorio II, quien no parecía ver muy claro cómo compatibilizar el servicio a Cristo con el oficio de las armas. A partir de entonces, los templarios adoptan el manto blanco, que sería su distintivo. En 1147, el papa Eugenio III, que ha ido a París, donde el rey Luis VII se dispone a partir hacia la segunda cruzada, asiste al capítulo del Temple presidido por Everardo de Barres. Entusiasmado ante el espectáculo de ciento treinta caballeros impecablemente vestidos de blanco, concede a los templarios el derecho a llevar una cruz roja sobre su hombro derecho, que simboliza la sangre de Cristo, con el fin de que «este signo triunfante les sirva de broquel y para que no vuelvan la espalda a infiel alguno». Según sus estrictas normas, los monjes guerreros tenían prohibido afeitarse la barba y estaban obligados a raparse el cabello. En caso de caer prisioneros, no podían pedir clemencia ni ser libertados mediante rescate. Tenían que luchar hasta la muerte y no emprender retirada, a menos que el enemigo les superase en una proporción de tres a uno. Aunque muchos novicios proceden de la nobleza, no se excluyen otras clases sociales inferiores, por cuanto,

según San Bernardo, «nadie es inferior entre ellos y honran al mejor, no al más noble». En cualquier caso, si bien el voto de pobreza para sus miembros se mantiene, quienes ingresan en la milicia de Cristo deben hacer donación de sus bienes a la orden. El núcleo del Temple estaba formado por los caballeros; la segunda clase la constituían los «hermanos sirvientes», divididos a su vez en «escuderos» y «sirvientes en oficios domésticos», y por último, una «orden tercera».

Tras el Concilio de Troyes, la nueva orden crece espectacularmente. El rey Enrique I de Inglaterra acoge al gran maestre con gran cordialidad y se funda el Temple de Holborn. El obispo de Aviñón cede la iglesia de San Juan Bautista. El conde de Flandes cede a Godofredo de Saint-Omer el impuesto que los señores feudales debían pagar al recibir sus posesiones. Joffroi Bissot recoge donaciones y recluta fervorosos partidarios en Provenza. Hugo Rigaud, tras una provechosa campaña en el Languedoc, se dirige a España, donde los reyes de Castilla y Aragón guerrear en una difícil reconquista contra el Islam. Ramón Berenguer III se convierte en templario y hace donación de Grañena. Alfonso I el Batallador hace testamento a favor de las órdenes templaria y hospitalaria, cediendo un tercio de su reino. La reina Teresa de Portugal dona la fortaleza y el castillo de Soure. Al cabo de muy poco tiempo, el Temple tenía posesiones de todas clases en Francia, Inglaterra, Escocia, España, Portugal, Hungría, Alemania, Austria, Italia y Tierra Santa. Tierras, fortalezas, iglesias, castillos. Se ha dicho que sólo en encomiendas, los templarios llegaron a tener más de 9.000 repartidas por todo Occidente.

Pero los templarios no sólo crecen en poder. También en independencia. El 29 de

marzo de 1139, el papa Inocencio II publica la bula *Omne datum optimum*, a la que se ha llamado *Gran carta de la Orden del Temple*. Justificándose en la misión y en la vocación de los templarios, exime a éstos de la autoridad de los poderes temporales y aun de la de los obispos, para hacerles únicamente responsables de sus actos frente al Pontífice. Igualmente reconoce el derecho del Temple a tener sus propios canónigos y el privilegio a que sean los propios hermanos quienes elijan a su maestre, sin ninguna intervención externa. A partir de ese instante, ninguna autoridad laica ni eclesiástica puede modificar su regla. No es de extrañar que, gracias a tantos privilegios, comiencen a nacer las primeras envidias, que no harán ya sino crecer hasta el ocaso final de la orden. Así, como dice el arzobispo Guillermo de Tiro en su *Historia de las Cruzadas* «... comenzaron por el buen camino, pero enseguida rechazaron por orgullo la autoridad de los obispos y del patriarca...»

Durante más de cien años, los templarios siguen combatiendo, amasando riquezas y convirtiéndose en un indiscutible poder económico, político y diplomático de la cristiandad. Gracias exclusivamente a ellos, la segunda cruzada no acaba en una catástrofe total. En la Península Ibérica, sus innumerables y temerarias hazañas guerreras conquistan la admiración general, y nuevas donaciones. En Inglaterra, el maestre del Temple es convocado al parlamento del rey y considerado como jefe de todas

las órdenes religiosas... Su poder en este país es tanto que en 1252 el gran maestre se permite, incluso, amenazar con deponer de su trono al rey Enrique III...

Y no cabe duda de que los templarios saben organizar y administrar su imperio financiero. A lo largo de los años, gracias al número y extensión de sus posesiones, el Temple ha instalado lo que, usando una terminología actual, podríamos llamar *red bancaria* en toda Europa. Los clientes que

depositan su dinero en un establecimiento perteneciente a la orden tienen derecho a recibir periódicamente los saldos de su cuenta corriente (el balance se realiza tres veces al año, en las fiestas de la Ascensión, Todos los Santos y la Purificación). Además, caso de emprender viaje, un pagaré les permite obtener dinero efectivo en cualquier otro lugar regentado por los freires. Realmente es el primer sistema de *cheques de viajero* del que se tenga noticia. A partir de Felipe Augusto, los impuestos de la nación se ingresan en el Temple de París y el tesoro de la orden se convierte en gestor de los fondos del Estado.

Actividades financieras, sí, pero también comerciales. Durante la cruzada, el comercio entre Oriente y Occidente aumenta sin cesar... y el Temple canaliza buena parte de él. Maderas, caballos, armas, cereales, hierro y textiles procedentes de las posesio-



**Poder indiscutible. El sello de los templarios llegó a tener más valor que el de algunos monarcas.**

nes templarias en Europa son exportados hacia el mundo musulmán, de donde se importan especias, algodón y otros productos... a bordo, naturalmente, de barcos pertenecientes a la flota de los monjes guerreros, de cuyo origen hay constancia hacia el siglo XII.

Pero su esplendor contiene también las semillas de su ocaso «... y así es la orden más grande y querida — dice Guiot de Provins, pero dos cosas se les grita: que son codiciosos y que su orgullo ostentoso es...». En la obra de Walter Scott *Ivanhoe*, se retrata a los templarios como unos tipos rudos y pendencieros. En 1246 y 1255 el papa Gregorio IX tiene que intervenir en contra de los obispos de Aragón, quienes habían excomulgado a miembros de la orden sin tener en cuenta sus privilegios. Y en 1265 Clemente IV advierte a los templarios de que «si la Iglesia levantara, aunque sólo fuera un instante, la mano que asegura vuestra protección frente a los prelados y los príncipes seculares, no podríais en ningún caso resistir sus asaltos».

Tampoco pueden resistirse los asaltos de los infieles en Tierra Santa, donde las cosas van de mal en peor. En 1244 cae Jerusalén; en 1247, Ascalón y Tiberiades. A partir de entonces, las tierras de Outremer quedan casi exclusivamente defendidas por las ór-

denes militares, sobre todo por el Temple. Trece de los veintitrés maestros de la orden han muerto en combate. En 1289, el sultán Qelaun toma la ciudad de Trípoli. Sólo ya resiste Acre y algunos castillos templarios. El maestre Guillermo de Beaujeu, con diez mil soldados y ochocientos caballeros, se apresta a resistir el asedio de doscientos mil guerreros mandados por Malec-El-Esseraf. Tras durísimos combates, viendo ya todo perdido, las mujeres y los niños son evacuados en galeras de la orden, mientras los caballeros, incluso los heridos, se aprestan para la última defensa. El gran maestre



**Monjes guerreros.** Los templarios lucharon con fiereza contra los infieles. La ilustración muestra un fresco del siglo XIII en el que aparecen varios miembros de esta orden partiendo hacia la cruzada.

muere con las armas en la mano. Refugiados en las bóvedas subterráneas existentes bajo la encomienda y dispuestos a resistir hasta el final, he aquí que se produce un derrumbamiento que aplasta a los caballeros... y a casi dos mil infieles. Es el 28 de mayo de 1291. Los supervivientes huyen a Chipre. Es elegido maestre Tibaldo Gaudín, que muere sin pena ni gloria y le sucede Jacques de Molay. La razón de ser del Temple ha desaparecido. Los templarios sueñan con crear un Estado teocrático e independiente, como lo hiciera el Hospital en Rodas o, mejor aún, los caballeros teutónicos al fundar un siglo atrás el *Ordenstaat* en el Báltico oriental; vuelven su mirada hacia Europa, pero allí también se están acumulando negros nubarrones en el horizonte. Concretamente en Francia, donde Felipe IV el Hermoso lleva tiempo acumulando rencor contra ellos. Sus finanzas están prácticamente en manos de la orden; incluso les debe dinero. Ha sufrido una doble humillación: ver su petición de ingreso en el Temple rechazada y haber tenido que buscar refugio en la preceptoría de París cuando las turbas enfurecidas recorrían la ciudad. Y también tiene

miedo al poder de los freires. Cuando Jacques de Molay rechaza la proposición de unir a templarios con hospitalarios, el maestre afirma que «si se llevase a cabo la unión, la orden sería tan fuerte y poderosa que defendería sus derechos como otro cualquiera...». Para acabar con ellos, Felipe necesita tener de su lado a la única persona con cierta autoridad sobre los templarios: el Papa. Tras haber proyectado el secuestro y asesinato de Bonifacio VIII y tal vez la muerte de Benedicto XI, el rey consigue que en 1305, se elija como Pontífice a su candidato, el arzobispo de Burdeos, que toma el nombre de Clemente V. Sólo falta ya encontrar los motivos para el ataque final. Estos se los brinda un traidor, un tal Esquieu de Floyran, prior de Mont-Falcon. En 1305 ha hecho llegar unos rumores al rey Jaime II de Aragón, que no quiere darles crédito. Tampoco lo hace el Papa. Pero a Felipe sí le conviene creerlo. Se abre un expediente al Temple. Guillermo de Nogaret infiltra espías en la orden y, poco a poco, comienza a formarse un voluminoso informe. El 14 de septiembre de 1307, el rey ordena que «... todos los miembros de la dicha orden de nuestro reino sean detenidos, sin excepción alguna, retenidos primero prisioneros y reservados al juicio de la iglesia y que, todos sus bienes muebles e inmuebles sean confiscados, puestos bajo nuestra mano y fielmente conservados...».

La conjura había surtido efecto al fin. «Gracias al informe de varias personas dignas de fe, las autoridades han podido averiguar que a los novicios recibidos en la orden «se les muestra la cruz y la figura de nuestro señor Jesucristo y se les hace renegar de él, y escupir tres veces sobre la cruz. Luego se le hace despojarse de sus ropas y

## Walter Scott, en su obra «Ivanhoe», calificó a los caballeros templarios como hombres rudos y pendencieros



**Ejército de la cristiandad.** Los templarios eran famosos por su dureza en el combate. Entre sus estrictas normas aparecía el hecho de luchar hasta la muerte y no emprender nunca retirada. Además, en caso de caer prisioneros, no podían pedir clemencia ni ser libertados mediante rescate.

## HISTORIA

el receptor le besa al final de la espina dorsal, debajo de la cintura, en el ombligo y en la boca, y le dice que si un hermano de la orden quiere acostarse con él carnalmente tendrá que sobrellevarlo». Además, en sus capítulos provinciales «besan y adoran un ídolo que tiene forma de cabeza de hombre con una gran barba.»

## La red bancaria de la Orden del Temple se extendía por toda Europa para facilitar dinero a nobles, vasallos y haciendas públicas

La operación policiaca promovida por el rey resulta un completo éxito. Es difícil calcular el número total de detenciones, pero la comisión pontificia reunida en 1309 para interrogar a los prisioneros habló de 546. Pocos consiguieron escapar. Felipe el Hermoso escribe a los soberanos europeos para instarles a realizar operaciones parecidas, pero no obtiene los resultados apetecidos. Eduardo II no cree en tales acusaciones. Jaime II incluso los defiende. En Flandes, las autoridades se muestran reacias a la operación. En Alemania, las reacciones son diversas, pero la incredulidad ante los cargos imputados es general. En Chipre, los templarios se aprestan a resistir, igual que en Aragón, donde se encierran en sus fortalezas. Los cinco reinos de la Península ibérica no responden por igual, y sólo las primeras confesiones de los templarios torturados por los secuaces del rey de Francia y la creciente presión de éste sobre el Papa consiguen al fin que el débil Clemente V publique sucesivamente las bulas *Pastoralis Praeeminentiae* y *Facies misericordiam*, por las cuales ordena la detención de los freires allá donde se encuentren. En muchos lugares, sobre todo al hacerse cargo las autoridades eclesiásticas de los interrogatorios, muchos templarios se retractan de sus anteriores declaraciones obtenidas bajo tortura. Felipe el Hermoso piensa que el asunto se le puede escapar de las manos, acelera los procesos y, por fin, en el fatídico 1314, los líderes de la orden son quemados en París.

Salvo en Francia, donde la extinción del Temple fue prácticamente total, en el resto de Europa los acontecimientos transcurrieron con mucha mayor suavidad.

Pero tras la historia oficial del Temple, muchos investigadores han encontrado infinidad de preguntas sin respuesta, de piezas sueltas que no encajan en el puzzle total.

Las cuestiones sin resolver se remontan al origen mismo del Temple. ¿Cómo se entienden que tan solo nueve caballeros adquieran el compromiso de proteger los caminos de Tierra Santa? ¿Por qué durante nueve años —otra vez nueve— ningún otro miembro es admitido en la Orden? Con frecuencia se cita el hecho de que en Troyes, la corte del

conde de la Champagne, florecía al menos desde comienzos del siglo XI una escuela de estudios esotéricos. Y en Troyes se celebra el concilio donde el Temple se constituye oficialmente. También de allí surge quizá el primer romance sobre el Grial, la mítica copa donde José de Arimatea recogiera la sangre de Cristo, leyenda que más tarde se extendería por todo el mundo, singularmente debido a la obra de Wolfram von Eschembach, el cual, tras una visita a Tierra

Santa, escribe su famoso *Parzival*, poema en el cual asigna a los templarios la categoría de custodios del Grial, llegando hasta nuestros tiempos en la figura de ese decrepito caballero templario que custodia el sagrado recipiente en *Indiana Jones y la última Cruzada*; sin olvidar, por supuesto, todas las historias del rey Arturo y de sus caballeros de la *Tabla Redonda*.

Otras zonas oscuras aparecen al considerar el establecimiento de los monjes guerreros en Tierra Santa, precisamente sobre las ruinas del Templo de Salomón, el lugar donde el rey David, mediante precisas instrucciones emanadas directamente de Yahvé, levantará una edificación de unas características muy determinadas. Un lugar, en suma, que sigue siendo considerado como *sagrado* cuando, ya el templo original destruido, los musulmanes levantan Al-Aqhsa y la *Cúpula de la Roca*, el lu-



gar donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac y Jacob tuvo su sueño; el mismo sitio en el que, según la leyenda, aún se encuentran impresas las huellas de la yegua de Mahoma, Alborac, cuando tomó impulso para subir a los cielos. Imposible no recordar el símbolo templario de los dos caballeros compartiendo la misma cabalgadura y el significado iniciático del caballo...

Mucho se ha tratado también el tema de las relaciones con quienes los templarios, desde una óptica estrictamente cristiana, debieran haber considerado simplemente como herejes. Por ejemplo, con los *Assashins*, o *Asesinos*, organización considerada como una fanática secta, fundada en 1090, agrupada en torno a un líder denominado como *El Viejo de la Montaña*, pero cuyo primer jefe organiza en el castillo de Alamut la que se considera en aquellos tiempos como mejor biblioteca del mundo oriental. Curiosamente, los *Assashins* utilizan en su vestimenta los mismos colores —blanco y rojo— de los templarios y comparten una similar estructura religioso-militar e idéntica organización jerárquica, así como el simbolismo del número nueve.

Los templarios también parecen haber

## La templemanía

SON ya varios años a lo largo de los cuales el lector, tanto de libros como de publicaciones periódicas, reclama noticias sobre el Temple y los caballeros templarios. Y uno siente tentaciones de preguntarse qué es lo que puede haber despertado ese interés.

Los templarios fueron una orden que nació rodeada de la máxima discreción, que a los pocos años de ser reconocida era dueña de una potencia económica y territorial casi increíble que en menos de cien años de existencia dirigió desde la sombra la política y la cultura del mundo conocido, que promovió acontecimientos cruciales de la Historia y que, antes de cumplir los doscientos años desde su fundación, fue suspendida por la Iglesia y prácticamente aniquilada por el poder civil que regía todos los estados en los que había estado implantada. Ese primer paso desde el anonimato a la gloria y el poder, esa reconocida influencia sobre el acontecer de su tiempo y ese último paso de la prepotencia a la destrucción fulminante es el conjunto de hechos que ha despertado la curiosidad. Pero no la ha des-



Juan G. Añenza

pertado por sí misma, sino por el indudable paralelismo que encierra con otros acontecimientos y otras situaciones históricas que hoy mismo han cambiado el curso de esos acontecimientos o pueden estar cambiándolos, sin que lleguemos a darnos cuenta, mientras tratamos de resolver nuestros problemas cotidianos.

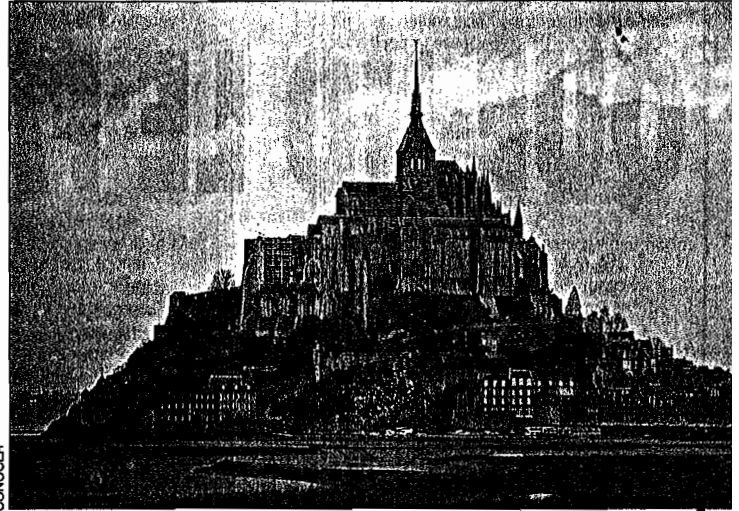
En este sentido, una corriente específica del pensamiento arracional ha intentado ver en el Temple, más que un fenómeno puntual de la

estado próximos a los cátaros. El catarismo, a grandes rasgos, fue la suma de una serie de doctrinas heréticas que se extendieron progresivamente por la región del Languedoc en un tiempo en que esta región constituía un principado independiente de Francia.

Las incógnitas sobre el Temple parecen alargarse indefinidamente. ¿Qué era aquella misteriosa cabeza, el Bafomet, que supuestamente adoraban los monjes guerreros y que los inquisidores tomaron simplemente por una representación del Maligno? Y, hablando del tema, ¿para qué guardaban los freires aquella otra cabeza de plata que fue hallada realmente en los registros por Guillaume Pidoye, agente de Felipe el Hermoso, y que presentó ante los inquisidores el 11 de mayo de 1308? En su interior había fragmentos del cráneo de una mujer envueltos en un paño de lino blanco y otro rojo, con la inscripción CA-PUT LVIII...

Con frecuencia, la imaginación popular se dispara cuando se habla de tesoros nunca hallados, de reliquias sagradas milagrosamente preservadas a través de los siglos o de misteriosos objetos mágicos. Esos son los elementos que crean las leyendas, pero muchos investigadores heterodoxos creen que bajo los mitos se esconde algo más. Que quizá los tesoros de los cátaros o los templarios no estuvieran compuestos por oro o piedras preciosas. Que quizá ni siquiera sea el místico Grial un objeto material, copa o cáliz que un día contuviera la sangre de Jesús. Que acaso todo ello sean sólo cortinas de humo para camuflar la transmisión de lo realmente importante: el conocimiento. ¿Y qué tipo de conocimiento? Ni los más atrevidos pueden aún responder a esa pregunta. Se habla de una Gran Tradición Universal, que arrancaría

**Admirados y envidiados. Los templarios fueron venerados, pero también levantaron numerosos celos las riquezas que amasaron. En la obra de Walter Scott, Ivanhoe, son retratados como tipos rudos y pendencieros. La foto superior muestra el castillo de Saint Michael, una de sus innumerables posesiones.**



CONOCER



CONOCER

quizá de los nebulosos comienzos de la Humanidad, de cultos solares y de gentes que se dedicaron a transmitir su sabiduría, sea ésta la que fuere, envuelta en cuentos, en leyendas, en tradiciones orales, incluso en juegos.

¿Fueron, pues, los templarios sólo un eslabón en esa larga cadena de las antiguas tradiciones iniciáticas? ¿Sería su estrecha y probada relación con musulmanes y judíos sólo una actitud de tolerancia o un intento de compartir una sabiduría común a todos ellos? ¿Son las construcciones poligonales del Temple —y especialmente las octogonales— réplicas de aquel Sepulcro de la Roca, con todas las relaciones geométricas y numéricas que los investigadores han creído ver? ¿Y son simples ejercicios arquitectónicos o hay algo más tras ellos? ¿Por qué ese particular emplazamiento de los enclaves de la orden que no siempre coinciden con el interés estratégico-militar del lugar, como cabría esperarse? Y a una escala mayor, ¿qué representan esas líneas y dibujos que se obtienen al unir los lugares de influencia templaria, no sólo en la Península Ibérica, sino en otros lugares de Europa? ¿Tuvieron una relación directa los templarios con los constructores de esas maravillas arquitectónicas que fueron las catedrales góticas?...

Estas y otras muchas preguntas acaso queden siempre sin una respuesta definitiva. Tal vez, después de todo, los templarios no buscaran, como se ha dicho, la sinarquía, ese ideal utópico de un gobierno mundial basado más en el concepto de autoridad que en el de poder. Puede que no fueran transmisores ni poseedores de ningún saber especial, o que si lo fueron, acabaran perdiéndolo. Quizá el Temple era sólo lo que parecía: una orden demasiado ambiciosa que quiso abarcar más de lo que pudo y a la que el poder absoluto acabó corrompiendo absolutamente. La historia, contra lo que algunos puedan decir, aún está abierta a nuevas sorpresas. En el fondo, como todo el conocimiento humano.

historia de la Edad Media, un devenir ideológico que nació mucho antes que los templarios y que, después de su desaparición oficial, ha continuado en la sombra, en un intento por completar la obra que los templarios dejaron supuestamente inconclusa.

El problema estriba en interpretar esa obra a la luz de nuestras esperanzas o de nuestros miedos. Y fundamentalmente, en analizar su valdez presente, después de casi setecientos años de silencio activo. Hay quienes ven al Temple como precursor de un movimiento mesiánico universal que hoy mismo, en cualquier momento, puede rebrotar a la luz para hacer real una intención templaria que jamás documento alguno podría probar. Para estos colectivos, el mundo necesita de aquel ideario medieval para redescubrir su identidad intemporal y aplicarla drásticamente a nuestra crisis de autoridad.

Frente a esta postura de tintes integristas, hay otros que mantienen el recuerdo templario como un ejemplo de rebeldía libertaria que se frustró cuando la orden llegó a ser tan fuerte como para despertar los temores de aquella sociedad que, supuesta e inútilmente, intentaron cambiar los freires del Temple de Salomón

Unos y otros extrapolan la realidad, en tanto que viven, aunque falsamente, la vigencia aquí y ahora de una institución que sólo pudo darse allí y entonces. Pero unos y otros también han intuido, gracias al Temple, que la Historia no es un devenir que desaparece y se diluye en las sombras del pasado, sino un proceso cíclico en el que cada instante ideológico tiene su paralelo y su propia imagen en acontecimientos más o menos remotos.

El Temple, desde esa dimensión, no es un paradigma a completar, ni un ideograma en el que mirarse como en un espejo. Es —fue— un instante fieramente humano de la Historia, que condicionó su acontecer desde planteamientos que hoy tienen que ser tenidos en cuenta para reconocer las situaciones paralelas que surgen en torno nuestro, disfrazadas de una modernidad que nunca deberá ocultarnos la estructura de conciencia intemporal que realmente representan. Ni peligro ni salvación, ni amenaza ni esperanza. La Historia es una lección eterna sobre la que deberemos volver cada vez que queramos vislumbrar esa esquina de futuro que nos aguarda al otro lado del tiempo.

Juan G. Atienza

Abelardo Hernández